

Víctor Ruiz Iriarte

Divagaciones

Izquierdismos

—¿Quiere usted creer? —dije a mi amigo—. Reconozco mi incompetencia. Todavía no he podido comprender el sentido humano de los izquierdismos...

—¡Oh! —me contestó— ¿entonces como puede usted discutir? ¿Cómo se cree usted capaz de calificar de absurdo un ideario sin conocerlo?...

—¡Ah! —exclamé—. No sé... Es que los hombres, por regla general, somos así... No comprendemos lo que carece de comprensión... No nos molestamos en aclarar lo incongruente. ¿Para qué? Lo inexplicable, es lógico que carezca de explicación...

—¡Bah! ¡Sofismas! —arguyó indiferente—, utopismos...

—¿Sofismas? ¿Usted lo cree así?... No, no. Realidades... Los utopismos son de ustedes, que a fuerza de tópicos, quieren convertir en realidad lo que nace equivocadamente, y gracias al talento natural de alguno, y a la ignorancia de la masa... entre frases manidas de mitin y alardes de puntería, con armas caras... No podré creer nunca que una razón se apoye en la fuerza. La realidad resplandece por propio impulso. Se triunfa con el ejemplo y la constancia, con la persuasión y el convencimiento; pero sobre todo con el ejemplo... y nunca por el terror y la fuerza; porque la imposición es odiosa, denigrante. Todo hombre, que valore sus afirmaciones en la fuerza de sus puños, es que ni él mismo está convencido de sus argumentos.

—A veces —murmuró quedamente mi interlocutor— es necesaria la fuerza para inculcar rápidamente lo que se tardaría mucho tiempo en hacer comprender...

—¿Por qué? —pregunté—. ¡Si la realidad se impone siempre! Si hasta en esos pueblecitos, perdidos entre valles y montañas, que huelen a España, y tienen valor de trabajo, y que ustedes han desviado moralmente con la influencia de sus predicaciones basta una mera exposición de cualquier ideario razonable y humano —¡humano! ¿eh?, fíjese usted bien... Al decir Humanidad, digo sentido exacto del momento, y... sinceridad— para hacerlos volver al punto que su instinto les marcaba y de donde no debieron salir...

—¡Eso es! —repuso indignado—. ¡Así piensan ustedes!... «Nunca debieron salir!»... Contra eso vamos las izquierdas... ¡Hay que sacar a esos seres de la inercia! Hay que hacerles comprender...

—¡Ah! —interrumpí—. Hay que hacerles comprender la verdad. Hay que abandonar al hombre, en su instinto razonable, innato en todo mortal, que dilucide claramente sus problemas, y entonces..., ya lo ven ustedes, se inclinan respondiendo a su afán «conservador» y de orden, a nuestro lado...

—Llegará nuestro día...

—No lo sé. Creo que no. La revolución, que es «el día» de ustedes, no vendrá, a no ser que se derrame pomposamente el pequeño átomo de locura que lleva el hombre en su interior... La revolución es otra. Es la «evolución». Y la evolución está en nuestras manos. Y consistirá en que llegue un momento, en que todos nos comprendamos y nos respetemos. A la vez que la materia, hay que educar el espíritu, y este es la intimidad inédita del hombre; se crece espontáneo, se rebela a torrentes, y no se amansa con gritos extemporáneos, ni con estampidos de «Star», sino

con argumentos de fuerza probada, que llenen ese espíritu incultivado, las más de las veces, por la lucha absurda y antihumana, que ustedes propugnan.

—Lucha de clases, es la nuestra –susurró el izquierdista.

—Sí, sí... Clases, clases... que ustedes han creado, al destruir la armonía... Clases que materialmente no existirían si no tuvieran su fundamento en el odio sembrado en campos fáciles y propicios a devolver buena cosecha; y que no tendrían arraigo si el hombre se dejara llevar de su conciencia. Porque nuestra conciencia es el espíritu manejable de cada uno. Y con libertad de opinión esa conciencia domina al cerebro...

—¡Bah! —protestó con fatuidad—, ya lo dijo usted antes... ¿no sabe lo que es el izquierdismo!...

—Probablemente —repuse—; quizá no sepa comprender el «izquierdismo», pero conozco a varios «izquierdistas»... Y así como «se conoce a los hombres por sus obras», no dude usted que se puede aborrecer a las «obras» por los «hombres». Y en mis dudas y mi ignorancia, he llegado a la conclusión de que el socialismo, el comunismo y el sindicalismo –pues aun con diferentes nombres merecen el mismo aprecio– no son sino un «preludietto» discordante y precario, de funestas y desacompañadas armonías...